

Maria Paiano, *La preghiera e la grande guerra. Benedetto XV E la nazionalizzazione del culto in Italia*, Ospedaletto, Le ragioni Di Clio, 2017, 311 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.39.2019.799-806>

Maria Paiano, profesora de historia del cristianismo en la Universidad de Florencia, y cuyas investigaciones se refieren principalmente a las conexiones existentes entre el culto y la piedad católicos con las demandas y nuevas problemáticas provenientes del ámbito político y social en la época contemporánea, dirige su atención en este libro hacia la I Guerra mundial, un conflicto cuya dimensión religiosa (entendida ésta en un sentido amplio, ya que abarcaría también el culto a la nación, las religiones nacionales) viene siendo puesta de relieve en libros, monográficos de revistas, congresos en algunos de los cuales la propia autora ha participado (así, en la coordinación de un dossier sobre “Modernismo e antimodernismo cattolico nella Grande Guerra”, aparecido en el último número de la revista *Modernism*).

Como ella misma nos aclara en su introducción, lo que se propone en este volumen es ayudar a reconstruir un aspecto particular del amplio y fértil campo de las interpretaciones religiosas de dicho conflicto: en concreto, la dialéctica, no exenta de tensiones, surgida entre Benedicto XV y los católicos italianos en torno a las formas, contenidos e intenciones de la plegaria referida a la guerra por cuanto, mientras el primero puso un gran afán en fomentar oraciones y actos religiosos orientados a crear las condiciones para una paz que prescindiera del alineamiento de unos pueblos contra otros y que, en tal sentido, fuera auténticamente “universal”, muchos católicos italianos, encuadrados incluso en organizaciones confesionales muy próximas al papa, tendían a orar por la victoria propia, de su ejército, otorgando así al culto unas connotaciones belicistas y marcadamente nacionalistas.

Esas diversas maneras de entender el papel de la plegaria reflejaban, a juicio de Paiano, modalidades, también distintas, de la relación entre religión y nación, que venían del siglo XIX, pese a que sus raíces fueran en realidad

más viejas ya que cabría retrotraerlas a épocas anteriores a la Revolución francesa. En efecto, la dialéctica referida no sería otra cosa que la proyección, en el plano del culto, del rebrotar de tensiones ya dibujadas en la Edad Moderna, en tiempos posteriores a Trento, en la relación entre el pontífice romano, las iglesias nacionales y los estados, tomando cuerpo ya entonces un problema que, bajo formas distintas, se volvió a plantear durante la I Guerra Mundial, el de la oración por el poder político (sus contenidos, sus formas, los sujetos encargados de organizarla...) por parte de una iglesia católica que debía perseguir, en los distintos contextos nacionales, un equilibrio entre la obediencia a Roma y la fidelidad debida al soberano. Un problema que ya se había suscitado en el siglo XVIII, obligando al papa Benedicto XIV a puntualizar que, en las preces públicas era preciso seguir las fórmulas establecidas por la iglesia, evitando en especial que se recitaran en la misa preces no revisadas y autorizadas por Roma.

No es que el magisterio romano, desde la época ilustrada, se opusiera a la oración por el príncipe, pero ésta debía siempre recitarse en los términos y bajo la condiciones fijadas por Roma y usarse siempre para reafirmar al propio tiempo, en el plano simbólico, la superior autoridad de la iglesia sobre los estados, en tanto que mediadora de su relación con una divinidad de la que no dejaba de provenir su legitimación.

Dispuesto así el terreno, entre la última parte del siglo XIX y los comienzos del XX el culto católico tendió a configurarse como una caja de resonancia de posiciones dispares entre la religión y las nuevas entidades nacionales, lo que se puso de manifiesto, de un modo potencialmente conflictivo, en la nueva Italia salida del *Risorgimento*, a través de la puesta a punto, por parte de patriotas laicos, de liturgias inéditas del poder que ya entrado el siglo XX, desembocarían, en algunos casos, en las liturgias políticas del totalitarismo fascista.

Pero también del lado católico se había venido construyendo, ya desde el siglo XIX, un discurso polisémico por lo que concierne al culto, que reflejaba la distinta relación establecida por los católicos con los conceptos de “patria” y de “nación” que, aunque referido el primero al ámbito territorial y, el segundo, al cultural, acabaron por solaparse aunque viéndose sujetos a oscilaciones y deslizamientos en función de las distintas tradiciones culturales en las que se injertaron. En cualquier forma, ambos remitían a las nuevas identidades colectivas erigidas en sujeto y fundamento de los estados. Incluso en la vertiente intransigente de la cultura católica se había abierto paso, desde la década de 1820, el supuesto de la nación como sujeto

colectivo originario al que el catolicismo aportaría un importante elemento identitario.

Unas oscilaciones y deslizamientos que cabría apreciar bien en el caso italiano, en referencia a la relación entre la religión y los proyectos de unificación de la península en los que no faltaron en modo alguno símbolos religiosos extraídos del catolicismo. Se plantearon asimismo, en el ámbito cultural, interesantes debates sobre cómo entender la nación católica italiana, así, entre Vincenzo Gioberti y Luigi Taparelli d'Azeglio, sobre si su aceptación como sujeto identitario por ambas partes había de comportar o no la adquisición de un territorio propio y de unas instituciones específicas y si, en el caso de Gioberti, la materialización de su proyecto unitario –como una confederación de estados presidida o guiada por el papa- debía exigir de una campaña bélica que, justamente por la inspiración católica de su enfoque, adquiriría el perfil de una cruzada.

Es interesante lo que se apunta en el libro sobre que el distanciamiento de Pío IX del proyecto giobertiano no implicaba la desautorización completa del sujeto nacional o de la legitimidad de la adhesión de los católicos al mismo, pero sí que se cuidó de subrayar, en diferentes ocasiones –y, del modo más solemne, en el *Sílabo*- que dicha legitimidad debía de entenderse en términos de una subordinación del amor a la patria al profesado a la iglesia, asociándose dicha operación a unas rígidas posiciones contrarrevolucionarias e intransigentes. Se pusieron así las bases para un modelo de patriotismo católico, subordinado al pontífice y claramente distanciado de los “nacionalismos paganos” al modo como desarrolló dichas concepciones Luigi Taparelli.

Unos modelos, el de Gioberti, el de Taparelli, pero también otros formulados desde las filas del catolicismo liberal, que iban a marcar profundamente a la cultura católica italiana de mediados del Ochocientos reduciéndose sus diferencias, después de la Unidad, al distinto acento puesto, bien en la autoridad del papa, bien en el papel providencial asignado a la nación italiana (como se advierte en las diferencias entre los partidarios de una conciliación con el Estado y los intransigentes).

Estas distintas articulaciones del patriotismo católico tuvieron un concreto reflejo en el culto por cuanto si a éste se le había conferido un carácter polisémico en el periodo previo a 1848, Pío IX trató de redefinir sus significados en una dirección ultramontana, intransigente y antiunitaria. Y aquí entrarían fenómenos tales como el relanzamiento de la devoción mariana con la proclamación, en 1854, del culto a la Inmaculada Concepción; el fomento de una específica devoción al papa; la difusión de

modelos particulares de santidad y martirio –que giraban en torno a la figura del pontífice y de sus prerrogativas- a contraponer a una publicística patriótica que no le hacía ascos, sin embargo, a valerse del imaginario devocional católico y de las invocaciones y fórmulas empleadas en los rezos, para potenciar y dar forma al culto a sus propios héroes; o, en fin, el apoyo a la restauración de la liturgia romana iniciada en Francia por Dom Prosper Guéranger con un propósito, en este caso, antigalicano.

Así, el pontificado de Pío IX incidió de una forma notable sobre las posibilidades, para los católicos, de asignar al culto unos significados autónomos respecto de los definidos por la Santa sede. Pero ese intervencionismo pontificio no significa que no siguieran registrándose, en el ámbito de la relación con la nación, expresiones devocionales no del todo alineadas con lo que marcaba el papa, incluso entre los sectores más identificados con él, como se percibiría con claridad durante el primer conflicto mundial.

Se trata, pues, de una temática sugerente y compleja que la autora desarrolla poniendo empeño, en primer lugar, en reconstruir las posiciones del magisterio pontificio sobre la nación entre León XIII y Pío X –el papa que precedió a Benedicto XV- y la progresiva definición, en ese mismo periodo y en Italia, de una pastoral militar católica que se difundió a través de toda una publicística dirigida a los soldados. Respecto de lo primero, se detiene en el análisis de varias encíclicas de León XIII y Pío X, dirigidas a los católicos italianos en las que el magisterio romano hizo un énfasis especial en la distinción entre “verdadero” y “falso patriotismo”, así como en otro tipo de decisiones, como la beatificación de Juana de Arco, en 1909, que se utilizó para clarificar la relación entre el catolicismo y el nacionalismo contemporáneos y para encomiar, pero también, fijarle límites, al amor a la patria. Estos diversos pronunciamientos sirvieron para establecer, como el principal criterio de autenticidad del amor a la patria, el reconocimiento de una instancia superior a todas las patrias, a saber, la iglesia, y su cabeza visible, el papa.

Pero también se aborda en el primer capítulo el florecimiento, en los decenios anteriores a la I Guerra mundial, de una rica pastoral militar llevando a cabo la autora un pormenorizado análisis de estas publicaciones que iban dirigidas a recatolizar al soldado italiano aunque presentando matices diferentes según se tratara de textos inspirados en posiciones de conciliación con el estado unitario, o en otras, en cambio, que no querían transigir con éste. Esa diversidad de posturas, empero, no debe ocultar que se estaba produciendo un deslizamiento desde planteamientos en que el

amor a la patria al que era requerido el soldado, debía quedar siempre subordinado al debido a la propia iglesia y al papa, a otros en que se transformaba a la patria en el objeto de una auténtica y propia religión.

Lo anterior sitúa al lector en la parte nuclear de este estudio partiendo la autora de la comprobación de que, con el estallido del conflicto mundial se produjo un renacer de la plegaria, de la invocación a la divinidad para impetrar su protección, y esto, no solo en el ámbito católico (se ha hablado de un *despertar religioso*) tanto por lo que respecta a los soldados, como a los no combatientes. Aunque la autora se centra en el lado católico e italiano reflejando, a su juicio, las plegarias estudiadas diferentes lecturas de la guerra a las que subyacerían, a su vez, diversas maneras de enfocar la relación entre religión y nación.

Se comprueba entonces que el papa Benedicto XV estuviera preocupado porque este renacer de la oración no se impregnara demasiado de unos contenidos nacionalistas y patrióticos, especialmente a partir del momento en el que la propia Italia entró en guerra, el 24 de mayo de 1915. Proliferaron entonces en todo el país las oraciones e imágenes de devoción, difundidas a través de numerosos opúsculos publicados por una amplísima red de pequeñas editoriales. Muchos de ellos iban dirigidos expresamente a los soldados, ajustándose todavía al tipo de manual religioso para militares de origen contrarreformista. De muchos de ellos se da cuenta en este libro y se analizan con más detalle algunos en particular, como el titulado *Preghiere per la patria in tempo di guerra* del estudiante Giuseppe Ceretti. Un librito que daría fe de la amplia difusión que el catolicismo italiano, en los primeros meses de contienda, hizo de las oraciones por la victoria mostrando un claro apoyo a la causa nacional.

Y es que en el contexto de la movilización del pueblo italiano para la guerra se aprecia una orientación creciente de muchas de estas oraciones impresas hacia la exaltación del amor a la patria y la presentación, incluso, del soldado, como *cruzado*, lo que explica, dados los pronunciamientos que había venido haciendo el magisterio romano, la preocupación del pontífice por evitar la fusión entre las oraciones y ceremonias religiosas y un demasiado visible patriotismo.

Frente a este desbordamiento de las plegarias motivadas por y para la guerra, Benedicto XV se mantuvo muy atento, suscribiendo una línea de firmeza, tanto en sus intervenciones públicas como en la revisión personal de muchas de las iniciativas y peticiones para que bendijera nuevas preces o determinadas celebraciones litúrgicas en relación con la contienda, con

vistas a disuadir a los católicos de asociar las plegarias asociadas con la guerra con la sacralización de la patria.

Es sabido que el papa Della Chiesa se significó por sus llamamientos y gestiones a reyes y jefes de estado a favor de la paz universal con el importante matiz de que en ellas subyacía una imagen de la guerra como castigo divino por los pecados de los hombres, por lo que el retorno de la paz exigía su reconciliación con Dios así como el reconocimiento por parte de los Estados de la autoridad superior que el papa ostentaba por delegación divina. La verdadera paz, por tanto, solo podía venir de la mano del triunfo del cristianismo y del reconocimiento aludido. Y en todo ello, el modo cómo se orientaran las oraciones y las intenciones asignadas a las mismas desempeñaba un papel muy importante lo que explica la puntilliosidad y atención de Benedicto a la hora de anotar de su puño y letra, con un lápiz azul, muchas de las plegarias para las que se solicitaba su aprobación.

Resulta interesante a este respecto lo que señala Paiano sobre cómo tales planteamientos tomaron pie en parte en modelos litúrgicos elaborados en los primeros siglos del cristianismo proponiendo, por ejemplo, la paz constantiniana como un modelo y una prueba de la eficacia de la oración por medio de la cual se había logrado el reconocimiento por parte del emperador romano de la suprema autoridad de la iglesia (son muy significativos a este respecto los artículos de De Santi aparecidos en *La Civiltà cattolica*).

La Santa sede llevó a cabo, pues, aproximadamente en la época a la que se refiere este libro, una revalorización de la tradición litúrgica romana dentro de una estrategia más amplia relativa al culto que estaba dirigida a los católicos de todos los países beligerantes, aunque poseía una específica vertiente italiana en la que la recuperación de antiguas formas culturales se mezcló con la elevación a modelo general de algunas iniciativas locales, obra de obispos o de simples sacerdotes que suscribían los significados asignados por Benedicto a la invocación de la paz.

Significados de carácter universal como se percibe desde el verano de 1915, por medio de los cuales el pontífice buscó corregir o reorientar rezos o funciones religiosas a las que sus autores y los propios creyentes tendían a dar un sentido nacionalista y patriótico. Y es que los acentos nacionalistas que proliferaron en Italia no eran del agrado del papa pese a que influyentes organizaciones muy cercanas a él, como la *Gioventù cattolica italiana* buscaron en varias ocasiones conciliar el belicismo y patriotismo de muchos de sus jóvenes adeptos con las directrices universalistas y pacíficas emanadas de Roma con las que encajaban más determinados temas, como el martirio (que evocaba las persecuciones de los cristianos en la época

imperial), la inclusión, en las letanías lauretanas, de la invocación a María como *Regina pacis* o el énfasis puesto, en las intenciones de las plegarias, en la expiación de los pecados a la que se atribuía un cometido fundamental para el retorno de la paz.

Al objeto de documentar toda esta dialéctica entre la línea pontificia y las propuestas de nuevas preces o celebraciones litúrgicas llegadas desde los niveles inferiores de la jerarquía eclesial la autora procede, en los capítulos III y IV a hacer aflorar un riquísimo repertorio de peticiones llegadas a la Santa sede y el modo cómo fueron acogidas por el gobierno de la iglesia y por el propio papa.

Una cierta inflexión, no obstante, iba a producirse tras la nota pontificia a las potencias beligerantes de agosto de 1917, que no resultó bien acogida pese a que en ciertos sectores del catolicismo italiano se quiso hacer una lectura de la misma en clave nacionalista, de tal manera que el primado de la voluntad divina y la oración por la paz universal no entrarían en colisión con las aspiraciones al reconocimiento y legitimación de la propia causa nacional.

Es cierto que Benedicto XV, tras la problemática recepción de la nota, calló sobre la legitimidad de las reivindicaciones nacionales y que cabe percibir una cierta reorientación de sus pronunciamientos después de ocurrir el desastre de Caporetto. Así, en algunos de los enunciados pontificios de esta última parte del conflicto se reconocía el carácter virtuoso de los sacrificios por la patria, pero sin que eso supusiera el llegar a legitimar los fines de la guerra. Pero es cierto que esta matización de la postura del papa se tradujo en una mayor tolerancia respecto de las iniciativas culturales marcadas por la fuerte tensión patriótica.

En conjunto, pese a todo, el papa Della Chiesa no rompió en modo alguno con las líneas de sus predecesores en cuanto al significado e intenciones atribuidas a la plegaria en el sentido de que el amor a la patria debería quedar siempre subordinado al de la religión y, en particular, al universalismo de los principios cristianos de los que el papa se sentía su principal garante.

Rafael SERRANO GARCÍA
Instituto Universitario de Historia Simancas
rafael.serrano@uva.es

